

INSTANTÁNEAS



UNA GITANA (Modelo).

Inst. del fotógrafo Sr. Téllez.

Núm. 114.—Sábado 8 de Diciembre de 1900.

20 céntimos en España.

M.

S.

## MATILDE DE LERMA



Baturra por su nacimiento, y artista por vocación y por carácter, Matilde de Lerma pertenece al número de los mimados por la suerte. En muy poco tiempo se dió á conocer en Madrid, cantando en el teatro del Príncipe Alfonso, desde el cual pasó al Real, donde su talento fué unánimemente reconocido y aclamado.

La distinguida soprano dramática, buscando «á su aliento empresas grandes», salió de España, y en Portugal, como en Rusia, triunfó y sigue triunfando.

Su última creación fué la de la judía *Raquel*, en la ópera del maestro Bretón.

Matilde de Lerma ha dado gallardo mentís á un refrán. Ha sido profeta en su tierra y fuera de su tierra.

Y es que el genio no tiene nacionalidad, ni para el genio hay fronteras.



# Instantáneas.

Director:

M. Salvi.

Revista semanal de Arte y Letras.

Oficinas:

Clavel, 1, Madrid.

## LA ESTATUA ANIMADA

### CUENTO FANTÁSTICO

Era la tarde muy triste; con esa tristeza peculiar de los días invernales; el cielo con densos nubarrones, amenazando tormenta, y el sol oculto tras de las nubes, cual si no quisiera ser testigo de la escena que iba á desarrollarse.

Por la tortuosa carretera que conduce al cementerio del pueblecito de Villavieja, un caballero vestido con elegancia, de severa fisonomía y luenga barba de ceniciento color, avanzaba lentamente, dirigiendo ávidas miradas á un soberbio mausoleo que, allá lejos, se destacaba de una multitud de crucecillas sembradas, por decirlo así, en una pobre pradera cubierta de verde yerba.

Pocos minutos después se detenía ante una pequeña y carcomida verja de madera que cerraba las tapias del camposanto, y empu-

ñándola suavemente, se encontró dentro del sagrado recinto.

Una pequeña y ruínosa ermita á la entrada, y un lujoso panteón con la estatua yacente de angelical mujer en el centro; rodeado de infinitas crucecillas de todas clases y tamaños, embellecidas por multitud de ortigas y cardos silvestres, é impregnado todo de cierto tinte melancólico... era el lugar de la escena.

Nuestro personaje se acercó timidamente al panteón; se descubrió, arrodillóse, é inclinando la frente sobre el mármol frío de la estatua, oró, mientras la noche tendía su negro manto, haciendo aún más tristes aquellos parajes de la muerte.

Su imaginación, de por sí exaltada, vagó por lo fantástico, y pronto nuestro desconocido, impresionado por el lugar en que se hallaba, creyó realidades lo que sólo eran ficciones y delirios de su mente soñadora.

### NUESTROS ACTORES CÓMICOS



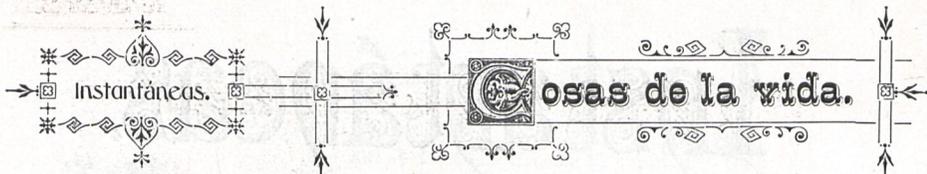
—Respira, vive, yo lo quiero! ¡Mírame é tus plantas, loco de amor; mira á tu Lázaro bañado en lágrimas de sangre, siempre amándote! Hoy hace un año que te perdí, y no he querido dejar de hacerte esta visita, quizá la última!... Tú, que me fuiste infiel y me abandonaste, porque yo era viejo y él era joven; tú, que no teniendo corazón me robaste el mio para martirizarlo y estrujarlo entre tus garras; tú, que fuiste la única mujer que hizo palpar mi pecho; tú, que has sido más criminal que aquel que, siendo joven, roba y asesina á un anciano; tú... reposas tranquila el sueño de la muerte y no sufres, mientras que yo!... ¡Yo lloro mi desventura, y ahora contesta, habla, que yo te oiga!... No me haces caso. No quieres complacer á quien tanto te quiso?... Gracias á Dios, al fin vives; acércate, acércate más, y te perdono; deja que toque tus manos! Qué frías! Y tu corazón, qué helado!... No me mires de ese modo, que parece me amenazas!... Has hablado? Qué me has dicho?... Que me quieres?... Si, sí, eso es! Yo también te adoro, y ya nadie podrá separarnos!... Deja que te estreche entre mis brazos y que estampé un beso sobre tu límpida frente!... Dios mío, qué felicidad!... Ya eres mía, sí, mía, y... de nadie más que mía!...

Amanecía. El sol bañaba con sus rayos aquel campo sembrado de cruces y aquel panteón, sobre el que descansaba la estatua de una mujer y el inanimado cuerpo de un hombre.

La estatua representaba una dama de celestial belleza; el hombre era Lázaro que, viejo, decrepito y loco de amor había muerto abrazado á aquel pedazo de mármol.

Salvador Mora, del teatro de la Comedia.

Miguel de Zárraga.



Rostand por los débiles.—Perdón para Europa.—El xeito y la traiña.  
Lo que dice el telégrafo.

Una voz elocuente, la de Edmundo Rostand, se ha elevado sobre la gárrula charlatanería, y desde mayor altura de la que alcanzan los vivos frenéticos é inconsciente ha lanzado cruel y justa censura á los fríos de corazón y á los Judas de la justicia que abandonan á un pueblo noble y grande entre las garras de la mercantil Inglaterra.

Se ve en este caso á primera vista, claro y patente, un fenómeno social observado hace ya tiempo. Los pueblos y los gobiernos que los rigen nunca marchan de acuerdo. La discrepancia entre gobernantes y gobernados es patente. Los de arriba, en vez de ser órganos de la opinión pública, maquinaria dispuesta á sentir los impulsos del pueblo, meros representantes de las necesidades de la nación y sus humildes servidores, dedícanse para satisfacer logros personales á divorciarse de quien están obligados á escuchar, y de ahí que nunca sea la voz del pueblo la voz de su gobierno.

Bien se manifiesta este fenómeno social en la visita de Krüger á Europa. Los organismos oficiales permanecen fríos é inconvencibles, mientras que los ciudadanos, libres de fórmulas que no tienen para qué respetar, reciben entusiastas al anciano respetable, jefe de una nación desgraciada y víctima de la ambición de un pueblo regido por hombres de corazón metalizado, sedientos de oro, con hambre de pompas y vanidades que no pueden durar más allá de unos cuantos años... tesoro de incierta posesión que avienta el aire en un instante, que se deshace cual terrón de azúcar entre las aguas de un río.

Rostand, el poeta; Rostand, el hombre de corazón, ha cantado la tragedia del Transwaal y saluda con himno entusiasta al viejo Krüger cuando salta á tierra francesa desde el bote de un barco holandés.

El poeta de elevado pensamiento y de alma hermosa ha sentido toda la gran injusticia de que es víctima el pueblo transwaalense, y en un momento de inspiración poética y de iluminación del espíritu por la luz de justicia suprema, dice: «¡Perdón para Europa!»

Perdón, sí, para Europa que vió indiferente á España atropellada por los Estados Unidos; perdón para Europa que consintió las infamias de Polonia; perdón para Europa que contempla cruzada de brazos cómo el Transwaal es perseguido

á sangre y fuego por la poderosa Inglaterra.

Mientras en Europa siguen las turbas afligido anciano, allá, en el Sur de Africa, la guerra tiende sus alas negras por valles y colinas, por llanos y montañas... Sobre el haz de la tierra transwaalense sólo se oyen lamentos, y donde se mecía una cuna se abre ahora una fosa; donde hubo un hogar hoy ruinas siniestras; donde se oían cantares reina el silencio...

Como dice el gran poeta: ¡Perdón para Europa que consiente tales infamias! ¡Perdón, como dice el autor de Cirano, para estos pueblos que ahora recorre el triste y desolado viajero que sólo le ofrecen platónicas aclamaciones!

\*\*

Allá en las rientes costas de Galicia también parece que la justicia sale afrentada por ponerse al lado de los pobres.

¡Cierto que es mala suerte el de la gran matrona que siempre está, ó rodeada de pobres ó débiles!

Andan á la greña los pobres del xeito con los ricachones de la traiña; pero ya se verá en lo que para todo si Dios no lo remedia: en que los pobres serán más pobres y los ricachones cada día serán más poderosos.

El xeito y la traiña recuerdan al pez y al tiburón, y, al fin y al cabo, si esto no sale al revés de todas las cosas de este pícaro mundo, sardinás y xeiteros irán á parar á las amplias y tupidas redes de la traiña.

\*\*

El telégrafo habla de noticias que circulan respecto á la independencia que los EE. UU. piensan conceder á Cuba, conservando, por supuesto, su patriarcal protectorado...

También comunica el telégrafo de los dulces modos con que los yanquis van procurando meter en cintura á los filipinos...

Dice también que en Francia dura el entusiasmo por Krüger, el gran anciano, y...

Que cuando la reina Victoria, en la próxima primavera, vaya á pasar una temporada en Cimiez, allí se encontrará á M. Loubet, que irá á misa con motivo de la fiesta de Pascua, que no será, á buen seguro, la pascua de resurrección de la justicia.

Tomás Carretero.

## El problema del Sud de Africa.



Retrato y autógrafo de Krüger.

Mister Chamberlain.

### Pablo Krüger en Europa.

Allá lejos, muy lejos, en la extremidad Sud del Africa, algunos franceses y bastantes holandeses fundaron, cuando la Holanda era gran potencia naval, una colonia que pronto llegó á florecer á pesar de su apartamiento. Vino el siglo XIX, que se irá dentro de poco, y la Gran Bretaña aprovechó los trastornos de las guerras napoleónicas para hacerse dueña de la Colonia del Cabo, que pasó á poder de Inglaterra en 1815.

Entonces el cabo de Buena Esperanza era el camino de la India, y los ingleses querían ser dueños del camino á su más preciada colonia. Tornáronla en floreciente; pero comprendiendo que los colonos de origen holandés eran algo tan peligroso como habían sido los puritanos refugiados en América, se dedicaron á estorbarles la vida. Los *boers*, granjeros, campesinos y pastores, llevados de la fe religiosa que siempre tuvieron se procu-

raron solución al conflicto en las enseñanzas del Libro Santo, y como los israelitas de Egipto emprendieron un éxodo en busca de suelo para fundar una patria libre. Cruzaron el *Waal*, ganaron el terreno palmo á palmo á los cafres y zulúes, y combatiendo con los elementos, los hombres y las fieras vivieron hasta que tuvieron la desdicha de hallar cuarzo aurífero que excitó la codicia del tradicional enemigo.

Con sangre se ganaron un régimen de libertad primero, la independencia después, y las repúblicas del Orange y del Transval fueron reconocidas por el Gobierno inglés y por todos los del mundo.

Tras de las victorias de 1879 y 1881 vinieron las asechanzas; el *raid* del doctor Jameson con su incursión filibustera, más tarde la presión franca, los preparativos de guerra y la guerra en fin que há más de un año ensangrenta el país. Cuando ni Cronje, ni De Wett, ni Joubert, ni Botha podían continuar vinculando la victoria, el anciano Presidente J. S. Pablo Krüger ha venido á reunirse en Europa con Leyds, con Volmarans, con los otros diplomáticos boers.

Dícese de Krüger que fué admirado por Bismarck; ahora tendremos ocasión de saberlo de un modo práctico, pues no creemos que haya venido simplemente para ponerse en salvo, sabiendo que su patria tiene enfrente la voluntad de Rhodes y Chamberlain y la opinión de Inglaterra, tres fuerzas considerables sea cual fuere el fin á que se apliquen.



Sir Cecilio Rhodes.

(El Napoleón africano.)

El doctor Ledys y su secretario.



DELICIOSA COMEDIA EN UN ACTO =

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO

ESCENA V

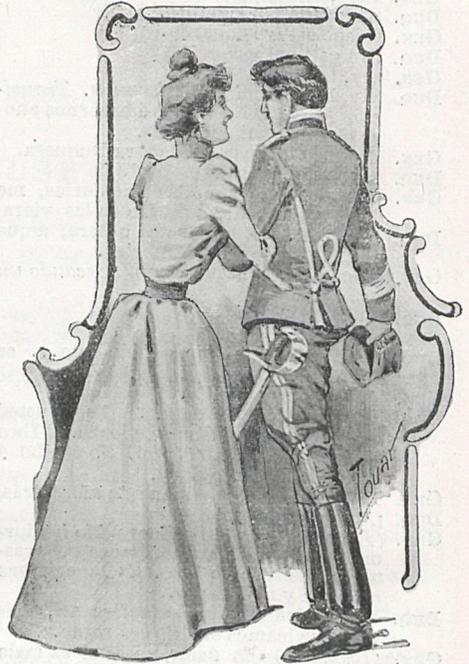
LA DUQUESA (Señora Valverde). EL GENERAL (Sr. Larra).

- GEN. Soy yo.  
 DUQ. ¡Dios mío, cómo está! *(Mirándole atentamente con los anteojos. ¿Es usted?)*  
 GEN. Yo. Aquí estoy. Aquí debo estar. ¡Presente!  
 DUQ. Pero hombre, ¿de dónde sale usted y á qué viene usted aquí ahora, y tan viejo?  
 GEN. ¡Va usted á saberlo, joven!  
 DUQ. ¿Eh?  
 GEN. Ahora mismo. ¿Qué me dijo usted el día 19 de Marzo del año 1850, en el baile que dió el General Narváez?  
 DUQ. No me acuerdo.  
 GEN. Yo sí. Le dije yo á usted, que por cierto estaba hecha un sol...  
 DUQ. *(Amable.)* Pase usted adelante, hombre, pase usted adelante.  
 GEN. Le dije á usted: — Laura... ¿sigue usted llamándose Laura?  
 DUQ. Me llamo la Duquesa viuda de Ontanarres, caballero.  
 GEN. Y yo me llamo, no ya Fernando, sino el Marqués de Orán, Teniente General, Senador del Reino y viudo.  
 DUQ. Lo sé.  
 GEN. La dije á usted aquel día: — Laura, ¿cuándo va usted á decirme que me quiere, sabiendo que estoy perdido por usted?  
 DUQ. Y yo le respondí...  
 GEN. ¡Y usted me respondió con sonrisa burlona, — allá... dentro de cincuenta años. Y como hoy es el 19 de Marzo de 1900, y yo soy nacido en Zaragoza, y no he querido venir antes, aquí estoy, señora Duquesa!  
 DUQ. *(Riendo.)* ¡Tiene mucha gracia, muchísima gracia!  
 GEN. ¿Usted cree?  
 DUQ. ¡Venga esa mano!  
 GEN. Allá va.  
 DUQ. ¡Y venga usted á sentarse!  
 GEN. ¡Corriendo!  
 DUQ. *(Con la mano del General cogida en la suya.)* ¿Qué viejo está usted!  
 GEN. ¡Y usted, qué blanca!  
 DUQ. ¡Sesenta y cinco! *(En voz baja.)*  
 GEN. *(Mirando á todos ados.)* ¡Ochenta y uno!  
 DUQ. Pero está usted ágil, fuerte.  
 GEN. Y usted fresca, muy fresca.  
 DUQ. Estamos frescos los dos, ¡frescos estamos! *(Riendo.)*  
 GEN. ¿Verdad? *(Riendo.)*  
 DUQ. Vaya, siéntese usted, coquetón.  
 GEN. Ya era tiempo, coquetuela.  
 DUQ. ¿Quiere usted? *(Ofreciéndole la tabaquera.)*  
 GEN. ¡Blen me lo he ganado! *(Sorben los dos el ropé.)*  
 DUQ. Vaya, vaya, con Fernandito.  
 GEN. Vaya, vaya, con Laura.  
 DUQ. ¿Qué ha sido de usted en tanto tiempo?  
 GEN. No debe usted ignorarlo.  
 DUQ. No, no lo ignoro. He seguido su carrera de usted...  
 GEN. ¡Y yo su vida de usted paso á paso!  
 DUQ. No ha querido usted venir á verme nunca...  
 GEN. ¡No he pretendido nunca á mujeres casadas!  
 DUQ. No quiero decir eso. También usted se casó; á pesar de aquel amor que me tuvo...  
 GEN. ¡Cosas de la vida!  
 DUQ. A mí me casaron con el Duque...  
 GEN. Yo me casé con diez millones.  
 DUQ. Yo me dejé casar; fui Duquesa, Grande de España...  
 GEN. Yo pesqué una dote, dinero, dinero, dinero...  
 DUQ. Pero ¡ay! ¡Aquel Duque.. Dios le tenga en la gloria!  
 GEN. ¡Y aquella Elena, Dios la haya perdonado!...  
 DUQ. Un genio...  
 GEN. Un carácter...  
 DUQ. Sin entendernos un día en treinta años.  
 GEN. A bofetadas todas las semanas...  
 DUQ. Muy seco, muy soberbio, muy jugador...  
 GEN. Muy arisca, muy endiosada, muy grosera...  
 DUQ. ¡Ay! Por Dios, como estamos poniéndolos.  
 GEN. Porque muchos años nos esperen... *(Santiguándose.)*  
 DUQ. ¡Amén! *(Idem.)*  
 GEN. ¡No hay que hablar de eso!  
 DUQ. ¡Cincuenta años! ¡Cómo pasa el tiempo!  
 GEN. Parece que la estoy viendo á usted, con aquellos ojazos de gitana y aquel pelo negro como la mora, y aquel descote...  
 DUQ. Pues si viera usted ahora el descote...  
 GEN. ¿Sí?  
 DUQ. ¡Parece una cesta con los mimbres rotos!  
 GEN. ¿De veras? *(Riendo.)*  
 DUQ. De veras. *(Idem.)*  
 GEN. Sin embargo, conserva usted ese aire tan gran señor, ese aire...  
 DUQ. Aire de pulmonías.  
 GEN. Y yo, aunque viejo... no soy uno de esos viejos catarrosos.  
 DUQ. No tenga usted pretensiones, porque está usted hecho un derribo, amigo mío.  
 GEN. ¡Siempre burlona! ¡No me queda más que eso!  
 DUQ. Vamos, con toda lealtad... ¿Qué razón ha tenido usted para venir hoy á verme?  
 GEN. Dos razones. La primera es que ayer, revolviendo papeles de muchos años para poner mis cosas en orden antes de morirme...  
 DUQ. No se muera usted, hombre; no tenga usted prisa.  
 GEN. ¡Ninguna! Revolviendo papeles, encontré un librito de memorias... en el que apuntaba yo cincuenta años há, día por día, mis impresiones...  
 DUQ. ¡Ah! ¿Sí?  
 GEN. ¡Y si viera usted con qué gusto leía todo lo referente á la época aquélla!

- DUQ. Aquella... ¡la mejor de la vida!
- GEN. Aquella en que ni usted supo entender mi amor, ni yo supe lograrlo.
- DUQ. No, la verdad es que estuvo usted muy tonto.
- GEN. Pero si usted no se rendía.
- DUQ. ¡Pero, hombre, un soldado tiene que atacar!
- GEN. Pero, señora, si la plaza no se entrega...
- DUQ. Se la sitia por hambre.
- GEN. Luego estuve cobarde.
- DUQ. ¡Un gallina!
- GEN. ¡Ay, Laura!
- DUQ. ¡Ay, Fernando! (*Con ternura. Transición brusca.*) No vamos á hacernos ahora el amor, mi general...
- GEN. Un poco tarde es ya, señora Duquesa.
- DUQ. Siga usted su relato.
- GEN. Pues leyendo aquellas memorias, me decía yo anoche... ¡Si Laura las viera!
- DUQ. Apuesto... lo que usted quiera, á que no se le ha ocurrido traerlas.
- GEN. ¿Que no? ¡Aquí las tengo! (*Sacando un librito.*)
- DUQ. ¿De veras?
- GEN. ¡Eccc!
- DUQ. (*Cogiendo el librito.*) Todo esto... es aquello...
- GEN. Todo eso es aquello...
- DUQ. (*Después de una pausa.*) Cierre usted aquella puerta. Vamos á leerlas. (*Toca el timbre, viene el criado.*) No recibo á nadie. (*El criado se va.*)
- GEN. Ya estamos solos, cincuenta años atrás.
- DUQ. ¡A ver, á ver eso!
- GEN. (*Leyendo.*) «Siete de Enero. No he dormido en toda la noche. Laura me trastorna, me vuelve loco. Es la criatura más fría y más mala...»
- DUQ. Pues mira usted, si empieza así, más vale que leamos el Año cristiano.
- GEN. (*Leyendo.*) «Es decir, no sé si es mala ó coqueta...»
- DUQ. ¡No es lo mismo!
- GEN. «Lo que sé es que estoy loco por ella, y que es hermosísima.» (*Alegria en el rostro de la Duquesa.*) «No la hay más hermosa en Madrid.»
- DUQ. Eso decían. (*Arreglándose con coquetaría.*)
- GEN. «He ido á la fotografía de Disderi...»
- DUQ. ¡Uy! Disderi... En la calle del Príncipe... (*Riendo.*) Uno de los primeros que hubo... Disderi.
- GEN. «Y aprovechando un descuido, le he robado un retrato de Laura para contemplarlo á mis solas...»
- DUQ. ¿Lo tiene usted?
- GEN. Si lo traigo á propósito... (*Sacando una fotografía.*)
- DUQ. A ver... ¡Ja, ja, ja! (*Aquí risas prolongadas de la Duquesa, viéndose como era.*) ¡Con miriñaque!... y dos chorizos á los lados de la frente... ¡Ja, ja, ja! ¡Y así volvíamos locos á los hombres! ¡Ja, ja, ja! ¡E! usted el demonio, hombre, es usted el demonio.
- GEN. ¿Le interesa á usted la lectura?
- DUQ. ¡Muchísimo!
- GEN. «Dos de Febrero.» (*Leyendo.*) «Tres días en cama con un catarro horrible, por haber pasado la semana en la esquina de la calle del Lobo esperando á que Laura se asomase á su balcón de la Carrera de San Jerónimo. El médico teme sea una pulmonía.»
- DUQ. ¡Ay, pobrecito! ¿La cogió usted?
- GEN. No, señora, no la cogí; pero desde entonces estoy tosiendo.
- DUQ. ¡Toser es! Siga usted.
- GEN. (*Leyendo.*) «Veinte de Febrero. La Duquesa de Híjar va á dar un baile, y yo no sé cómo hacerme convidar. Laura va y hay un minué con trajes á la antigua, y el pillo ese que le hace el amor...»
- DUQ. El pilo era mi marido.
- GEN. ¡Eso es!
- DUQ. ¡El que luego fué mi marido!
- GEN. Eso mismo. (*Leyendo.*) «El pillo ese va á bailar con ella...»
- DUQ. ¡Estaba usted celoso! ¡Je, je! ¡Celoso!
- GEN. ¡Si lo estaba!... Verá usted ahora: «Dos de Marzo. Soy feliz.»
- DUQ. ¡Vaya, sea enhorabuena!
- GEN. «Soy feliz. No sólo estoy convidado al baile, sino que tomaré parte en el minué.»
- DUQ. ¡Sí, me acuerdo!
- GEN. ¡Eh!
- DUQ. ¡Me acuerdo!
- GEN. «Me estoy haciendo un traje precioso.»
- DUQ. Blanco, con la peluca enpolvada y una espada auténtica.
- GEN. ¿Lo recuerda usted aún?
- DUQ. ¿Por qué nó?
- GEN. ¡Ay, Laurita! (*Cogiéndole la mano.*)
- DUQ. ¡Eh! ¡Alto ahí, vejistorio!
- GEN. Si le digo á usted que estas cosas...
- DUQ. Siga.
- GEN. Oiga usted muy bien esto, que es muy grave: «Primer de Marzo. Laura fué con su doncella á casa de sus primas... La he acompañado, la he hablado.»
- DUQ. ¡Esto es lo que hace mi nieta cuando sale con la Miss esa!
- GEN. «La he hablado al alma... Le he dado un doblón á la criada...» Entonces habla doblones. «Le he dado un doblón á la criada para que se apartara un poco... Laura parecía conmovida... y en el mismo portal de la casa, al despedirnos... le he robado un beso!»
- DUQ. ¡Jesús! (*Se vuelve de espaldas y se tapa la cara.*)
- GEN. «Se ha enojado, ha echado á correr; pero yo me he quedado con el recuerdo de este anochecer, de esta impresión, la más honda de mi existencia...»
- DUQ. ¡Doble usted la hoja, doble usted la hoja! (*Se lo dice sin mirarle, con la cara tapada.*)
- GEN. «Porque hay cosas que no se olvidan, que quedan en el alma para toda la vida...»
- DUQ. (*Dramática.*) Señor General, por respeto á estas canas, doble usted la hoja.
- GEN. Media vuelta á la izquierda, ¡marr! (*Doblando la hoja.*)
- DUQ. Adelante, adelante.
- GEN. Perdone usted el recuerdo, y oiga la repulsa, las calabazas...
- DUQ. ¡Ah, sí, las calabazas!...
- GEN. ¡Ingrata!
- DUQ. Lea, lea, cobardón.
- GEN. «Ocho de Marzo. Salgo del baile. La noche ha sido de grandes emociones. ¡Qué hermosa estaba!»
- DUQ. ¿Verdad? ¡Digo! Siga usted, siga usted...
- GEN. «He bailado una figura de minué con ella.»
- DUQ. Sí, así fué, y lo bailamos bien.
- GEN. Su mano en la mía, las posturas clásicas.
- DUQ. ¡Muy bonitas!
- GEN. Las recuerda usted...
- DUQ. ¡U! Si no fuera por el reuma...
- GEN. ¿Sería usted capaz de reproducir la escena aquella?... Mire usted, aún no hace un mes se la enseñaba yo á uno de mis nietos.
- DUQ. Niños somos todos... espere usted... no hay nadie... y al cabo de cincuenta años... no nos... ¡qué tontería!
- GEN. ¿Cómo tontería? Si es muy pausado?
- DUQ. Que no, que no.
- GEN. Laura, si nos vamos á morir dentro de cuatro días...
- DUQ. ¿Cómo era?
- GEN. (*Aquí bailan cómicamente pero con elegancia. Al cabo de algunos compases la Duquesa va á caer rendida en el sofá diciendo:*) ¡E! usted el mismísimo diablo!
- GEN. Y usted la maga que evoca todo el pasado...
- DUQ. ¡Buenos magos estamos los dos para un nacimiento!
- GEN. (*De pie.*) «Mañana comienza la Semana Santa, y Laura me ha dado una lista de todo lo que he de hacer para que la siga...»

- DUQ. ¡Coquetearías!
- GEN. ¡Ya lo creo! «Me vestí de uniforme, fui á Atocha á verla. El otro estaba allí también, y yo, ciego de ira, al salir, le he mirado de arriba á abajo, me ha dicho una inconveniencia y le he dado una bofetada.»
- DUQ. Aún la estoy oyendo.
- GEN. «El vizconde, mi rival, me dió una estocada en el hombro derecho. Por primera salida he ido al baile de Narváez. Laura estaba allí, la he pedido un vals, y bailando le he dicho: ¿De modo que yo no puedo amarte ya nunca, vida mía? Y sonriendo, me dijo al despedirme: ¡Allá dentro de cincuenta años!» (Se guarda el libro en el bolsillo. Pausa larga; los dos miran al suelo.)
- DUQ. Bueno, pues ya han pasado esos cincuenta años. ¿Supongo que no viene usted á casarse conmigo?
- GEN. ¿Qué nos queda que hacer?
- DUQ. ¿Que nos entierren juntos!
- GEN. No, Duquesa, no es eso. Ya le dije á usted que para venir aquí tenía dos razones, y hasta ahora sólo he dicho la primera. Nos queda que hacer algo... para terminar dichosos nuestras vidas.
- DUQ. Explíquese usted...
- GEN. Yo tengo un nieto, teniente de húsares.
- DUQ. ¿Mendoza!
- GEN. Gabriel de Mendoza.
- DUQ. Ya me chocó el apellido y me sonó á jolgorio.
- GEN. Y usted tiene una nieta encantadora... su abuela.
- DUQ. Obligadísima. (Haciendo una reverencia.)
- GEN. Ni la nieta ni el nieto tienen padres... y yo vengo á pedirle á usted la mano de la muchacha para Gabriel. ¡Alguna mano he de sacar de esta familia!
- DUQ. Cuando usted quiera y como usted quiera. (Yendo al balcón derecha actor.) ¡Capitán Mendoza, arriba!
- GEN. (Yendo á la puerta primera izquierda actor.) ¡Señorita de Guzmán, adentro! (Hablan, él desde el balcón y ella desde la puerta.)

- DUQ. ¡No vaya usted á hablar... de lo nuestro!
- GEN. Ni usted recuerde que fui un gallina.
- DUQ. ¡No, ahora usted es el gallo viejo y la gallina yo; tratemos de cuidar nuestros pollos! Venga usted y verá una chica bonita. (El General pasa á la puerta.)



- GEN. Y usted venga y verá un buen mozo. (La Duquesa pasa á la puerta foro.)
- DUQ. Es de familia.
- GEN. ¡Gracias á Dios que me jalea usted! ¡Más vale tarde que nunca!

## CANTO DE ESPERANZA

Perdida la ilusión en que cifrabas todas tus esperanzas de ternura, te entregas del dolor, á la amargura, y al peso del dolor tu mal agravas.

¿Por qué ceder? Si derrotado fuiste, si del asalto al ímpetu primero la victoria alcanzar no conseguiste, no te anade el desencanto triste, y otra vez, valeroso y altanero, vuelve á intentar lo que antes pretendiste.

¿Que está muy alta la anhelada meta?

¿Que impaciente y ansiosa tu alma inquieta pierde al volar la fuerza de sus alas, y, al remontarse, potestad secreta paraliza sus plumas, y resbalas?

¿Qué importa? Si combates y no vences, si te hiere tal vez oculta mano, no del propio infortunio te avergüences ni des al triunfador insulto vano: lucha con fe: la fe, del turbio lodo límpida forma cristalina crea; sé constante en tu fuerza y en tu idea: la constancia y la fe lo alcanzan todo.

Con ellas, de la vida en la jornada consigue el cazador la presa ansiada, el paladín valiente la victoria, el amante el amor del sér querido, el viajero un hogar, el ave un nido, y el poeta los besos de la gloria.

Enrique Díez-Canedo y Reixa.

## Muy interesante á los lectores de INSTANTÁNEAS

Tenemos en prensa una publicación llamada á obtener grandísima resonancia por su belleza y novedad. Los originales del

## ALBUM DEL AÑO 1901

son absolutamente inéditos, tienen un marcadísimo sabor nacional y han sido escritos por las señoras Gimeno de Flaquer y Pardo Bazán y los señores Aza, don Vital, Azcárate, Balaguer, Benot, P. Blanco García, Bosch y Fustegueras, Cánovas, Campoamor, Carracido, Castelar, Sinesio Delgado, Echegaray, Pérez Escrich, Felfú y Codina, Ferrari, Fiacro Irazoz, Frontaura, Valentín Gómez, Letamendi, Liniers, López Silva, Luceño, Maura, Marco, Mestre Martínez, Núñez de Arce, F. de A. Pacheco, Vizconde de Palazuelos, M. del Palacio, Pérez Zúñiga, Pi y Margall, Pidal y Mon, Federico Rubio, Ramos Carrión, F. Soldevilla, Rodrigo Soriano, y otros.

Aunque

## INSTANTÁNEAS-ALBUM DEL AÑO 1901

está profusamente ilustrado con fotografías directos y preciosos dibujos originales de reputados artistas, y á pesar de su novedad é importancia sólo costará

UNA PESETA en España.

# LA RISA



CINCUENTA CARAMBOLAS

*Jovar*

Un partido á cincuenta, con picadito fino y efectos de retroceso.